



Tres cuentos infantiles  
Juan Ignacio Rodríguez Fernández

## ***El Molino de Vicente***

Unos dicen que son gigantes,  
otros que son molinos;  
pues yo digo que era cohete,  
cohete y gigante,  
gigante y molino.

¿Sabes cómo es un molino?

Yo te lo digo:

Es un lapicero gordo y estirado,  
con la punta mirando al cielo  
y la goma enterrada en el suelo.

Alas le pusieron

y a la tierra le pegaron;  
por dentro le dejaron hueco,  
y una boca como puerta,  
a la altura del suelo hicieron.

Aspas llamaron a sus alas,  
y durante muchos años las movieron,  
pero cuando se fueron haciendo viejos,  
quietecitos les dejaron.

Así es un molino

¿Te ha quedado claro?

Pues escucha este cuento,  
que va del único molino que ha volado.

De los pocos que quedan en pie, el molino de Vicente era el más viejo. Lo habían arreglado con mucho trabajo y mimo, pero tenía muchos años. Estaba colocado en lo más alto del pueblo, porque, como buen molino que fue, lo pusieron sin obstáculos por delante, mirando al viento. Tan blanco era, que muchos días se mezclaba con las nubes, como si quisiera volar con ellas.

Elena, la mujer de Vicente, lo tenía muy bien cuidado. Todos los años le hacían algún arreglillo, para que estuviera bonito y llamativo, pues mucha gente iba a verlo, ya que le habían convertido en taberna-casa. Sí, una taberna-casa era el molino de Vicente. Por dentro le habían hecho cuatro pequeños pisos:

El piso de abajo era taberna; donde la gente se reunía por las tardes a jugar a las cartas, charlar y tomar un vasito del famoso vino del molino. Una taberna redonda, como es un molino por dentro, con la barra redonda en el centro y una escalera de subida a la cocina. Los dos pisos de arriba eran la casa de Vicente y Elena; una casa sencilla y agradable. El segundo piso para el salón, la cocina, un baño y la habitación del matrimonio. El tercer piso era para sus tres hijos Raúl, Lucía y Almudena. Tres acogedoras habitaciones y un cuarto de baño. El último piso, el más chulo, pues era la buhardilla, lugar de juegos y alegría, tenía la ventana más alta del pueblo, y claro está, el paisaje era sorprendente, sobre todo cuando había luna llena; pero lo más estupendo del molino era que aunque sólo fuera para llamar la atención, sus aspas todavía se movían y parecía funcionar como antes.

¿Habéis oído alguna vez eso de que las paredes oyen? Pues si el molino de Vicente pudiera hablar, contaría montones de cosas a quien pudiera oírlas. Incluso contaría que una vez hace mucho tiempo, un hombre, que decían estaba un poco loco, se le ocurrió atacarle con una lanza, porque creía que era un gigante. ¡Y, claro! El molino se defendió. El hombre se llevó un batacazo morrocotudo y el molino quedó un poco estropeado de un aspa. Si algún día vais a verlo, fijaos en que hay una más corta que las demás.

Aún más sorprendente en la vida del molino de Vicente, es la historia que os vamos a contar; pues además de haberse convertido en un bar y servir de vivienda a Elena y a Vicente, este molino ha volado. Sí, ha volado como un pájaro. En la puerta hay un cartel dorado que lo dice:

MOLINO DE VICENTE

EL ÚNICO MOLINO DEL MUNDO QUE HA VOLADO

Sucedió el 19 de Septiembre de 1.984

*En recuerdo de esa noche mágica: tus vecinos.*

Todo el que se acerca al molino y ve el cartel, está claro que entra a preguntar. Y así te pasaría a ti, y así me pasó a mí. Tan orgullosos están los vecinos del pueblo, que no les importa que la gente sea tan pesada y aburrida. Deberían estar hartos de tener que contar la misma historia una y otra vez, pero el molino unió ese día a todo el pueblo, todos los vecinos trabajaron codo con codo, y eso, hoy en día es difícil. Por eso cuentan con orgullo aquella mágica noche en que un molino unió a todos los del pueblo, incluso a los que estaban enfadados entre ellos. También es por esto, que no quieren derribarlo y poner otro nuevo, sino que aunque sea difícil arreglarlo, prefieren conservarlo como símbolo y recuerdo.

En esta zona de la meseta, Septiembre es el mes del viento, durante todo el día y toda la noche, sopla el viento. Hay días que salir a la calle es peligroso, sobre todo para los delgaditos, pues el aire te empuja y te empuja y apenas puedes aguantar su fuerza. Por el contrario, aquel 19 de Septiembre de 1.984, fue de esos días raros en que no hizo nada de aire. Debido al ajetreado día anterior — de los de aire fuerte —, la gente apenas había salido de casa. Ése 19 de Septiembre fue de los que se llama día de calma.

Durante la mañana y la tarde fue un día de lo más tranquilo. Un día normal para gente normal que hace cosas normales. La gente acudió al molino más que nunca. Como el día

anterior no habían salido de casa, fue al molino de Vicente casi todo el pueblo, excepto Hilario el panadero y Jacinto el de la mercería, que llevaban mucho tiempo regañados con el Alcalde y algunos paisanos por un “quítame allá esas pajas”. Un día normal, pero de mucho trabajo para Vicente y Elena.

¿Sabéis lo que es estar desde la nueve de la mañana hasta las diez de la noche, de pie y trabajando sin parar, sirviendo bebidas y pinchos; haciendo bocadillos y limpiando mesas; y limpiando mesas; y limpiando más mesas? Acabaron agotados. Y cuando alguien acaba agotado, se descuida. Vicente se descuidó ese día: se fue a la cama sin apagar el motorcito que daba vueltas a las aspas del molino; y claro, se olvidó de sujetarlas y dejarlas fijas.

Y llegó la noche. Menuda novecita. Parece ser que todos los vientos del mundo se pusieron de acuerdo esa noche. Como si se hubieran estado juntando todo el día y esperaran la noche, empezó a soplar el rey de los vientos a eso de la una de la madrugada; y no sólo soplaba, también silbaba; un silbido que daba miedo.

Vicente y Elena dormían como troncos; tan cansados estaban, que ni el ruido del aire les despertó. El viento empujó con fuerza, y las aspas empezaron a dar vueltas cada vez más deprisa.

El molino estaba viejo y no podía sujetarse, se resistía a girar sus aspas, pero el viento era más fuerte y podía con él; vaya si podía con él. Primero fue como un gemido, luego empezó a sonar un crujido, y por la parte que le sujeta al suelo, empezó a despegarse.

Las aspas parecían ahora las de un helicóptero. El molino, si hasta la fecha había aguantado de todo, incluso el suceso del ataque con lanza, esa noche no pudo con el rey de los vientos. Y sucedió. Fue despegando del suelo, y como si de un cohete se tratara, se elevó hacia el cielo estrellado, casi sin hacer ruido. Un cohete gigante, un gigante molino. Un cohete, un gigante y un molino.

Vicente y Elena seguían durmiendo como troncos. No se enteraron ni del ruido, ni del vuelo del molino. Pero en Septiembre, por la noche, y más en una noche de viento, hace fresco para estar durmiendo a la intemperie. Así que la pareja comenzó a tener frío. Cuando uno tiene un poco de frío, empieza a dar vueltas en la cama y busca la colcha o la manta para taparse. Así que en una de esas vueltas, Vicente abrió los ojos mientras se tapaba y se dijo por dentro:

—¡Qué bonito está el cielo esta noche!

Se tapó, se acurrucó al ladito de su mujer y siguió durmiendo tan tranquilo. Hay que tener en cuenta que el cerebro de un hombre cansado y además de madrugada, tarda en darse cuenta de las cosas que piensa y dice. Así que pasados unos minutos, Vicente se incorporó sobresaltado y gritó:

—¿El cielo? ¡Dios mío, si no hay techo!

Elena se despertó con el grito que dio su marido, abrió los ojos y también tardó en reaccionar. Vicente ya estaba de pie mirando a todos lados.

—¡El molino! ¿Dónde está el molino? —Decía Vicente nervioso.

—¡Los niños! ¡Los niños! —Medio gritaba su madre.

Tanta era su sorpresa que hasta ese momento no se habían dado cuenta de que sólo quedaban los dos pisos bajos. El resto había salido volando. Así que los niños estaban dentro del molino volante.

Raúl, Lucía y Almudena, dormían plácidamente, ajenos al suceso, hasta que el molino se inclinó un poco y se cayeron de la cama. El primero en salir al descansillo fue Raúl.

—¡Lucía! ¡Almu! ¡Esto se mueve! ¿Qué estará pasando?

Lucía, la más pequeña, estaba asustada y no se atrevía a salir de su habitación. Almudena, la mayor, fue a cogerla en brazos para calmarla. Así se juntaron los tres en el descansillo.



—La escalera para bajar está rota y el agujero que ha dejado es oscuro. Sólo se oye silbar al viento y retremblar las paredes. —Dijo Raúl después de echar un vistazo.

—¿Qué habrá pasado? Esto no me gusta nada. ¿Dónde estarán papá y mamá? —Dijo Almudena mientras Lucía lloriqueaba en sus brazos.

Raúl, que había cogido una linterna, se asomó por el agujero:

—¡Toma ya! Si no hay suelo. ¡Estamos volando!

—¿Vo, vo, volando? —Dijo Almudena.

—Sí, Almu, estamos volando. El molino ha sido arrancado del suelo y ahora mismo estamos a unos cuantos metros de altura. ¿Quieres verlo? ¡Menuda aventura! —Dijo Raúl sin pensar realmente en el peligro que eso suponía.

—No. No quiero ver nada, esto es muy peligroso y tú te frotras las manos de emoción. ¡A ver! Si tanto te ilusiona, dime cómo vamos a bajar de aquí.

—Pues... ¡Jo! Ahora que lo dices... Es verdad. —Pronunció esta vez con miedo Raúl.

—Una luz, una luz; necesitamos algo de luz para poder hacer señales desde la ventana. ¿Acaso no se habrán dado cuenta de hacia dónde nos lleva el viento y estén buscando por el camino equivocado?

Bueno, bueno. Un molino es un molino. Y aunque éste sea un molino volador, no es ningún avión a reacción, ni un helicóptero de combate. Es un viejo y escuchimizado molino al que se le ha llevado el viento. Por eso, el molino de Vicente no se había marchado muy lejos. En realidad estaba dando vueltas en círculo, alrededor del pueblo, mas debido al temporal, no se veía casi nada por encima de las casas, sólo polvo y nubes, papeles y bolsas volando... Pero un molino, no; el molino no se veía.

Le salvaba el ser de piedra y pesar tanto. Pues si hubiera sido de otro material, como plástico o madera, estoy seguro que Raúl y sus hermanas estarían ya más allá de Albacete. Pero el molino aguantó el fuerte viento, y, gracias a su peso, sólo se le llevó a dar un paseo aéreo por el pueblo. Además, el giro de las aspas, impedía que subiera o bajara pues

solamente se movía de lado. Aún así, el peligro era tremendo, ya que si en cualquier momento cesaba la fuerza del viento, el molino caería al suelo en un abrir y cerrar de ojos.

¡Menudo problemón! Un molino volando que en cualquier momento podría caer encima de alguna casa, aumentando la catástrofe, además de llevar unos niños dentro, que causaba gran miedo. Ante esta situación, el pueblo entero ya había sido avisado. La noticia había corrido tan deprisa como el aire. Y ¡Oh! Sorpresa, el primero en ofrecer sus servicios y su vehículo todo terreno, fue Hilario el panadero. Casi al tiempo que en el campanario de la Iglesia tocaban alarma, Hilario se presentó en casa de Vicente. Bueno, eso de casa de Vicente, es un decir; más bien en lo que quedaba de ella. El caso es que llegó el primero. En un momento se habían olvidado de los enfados y disputas que había entre ellos y se había ofrecido para lo que fuera.

Imaginaros la sorpresa de Vicente y del Alcalde al verle llegar. Y no daban crédito a sus oídos cuando escucharon las palabras de Hilario. El caso es que se fundieron los tres en un abrazo y comenzaron a trabajar. El Alcalde, como Alcalde, llevaría las labores de coordinación de los diferentes grupos que iban surgiendo. A Hilario, por su buena voluntad, se le dio el mando terrestre. Él con su todo terreno, Emilio con su tractor, y, los tres caballos de Lucio, se encargarían de ir buscando por los alrededores, para encontrar a los niños o por lo menos alguna pista de ellos.

Vicente, como no, al ser el tabernero, se encargó de la intendencia. Él, su mujer, y unas cuantas voluntarias más, se liaron a hacer bocadillos para las patrullas de búsqueda.

Silvia, la mujer de Hilario el panadero, encendió el horno, y ayudada por sus dos hijos, comenzaron a hacer montones de barras por si acaso.

La Guardia Civil de la capital ya había sido avisada por el Sargento Camacho: Un helicóptero de transporte estaba en camino. Sí, de transporte, pues para poder coger un molino en vuelo, se necesita un robusto helicóptero. Todo estaba preparado y funcionando. Ya sólo faltaba que no hubiera sucedido ninguna tragedia y que los niños estuvieran a salvo.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

